

19 de julio de 2026 – XVI Domingo del Tiempo

Ordinario

Sab 12,13.16-19; Rom 8,26-27; Mt 13,24-43

INTRODUCCIÓN

Hoy el Señor nos habla a través de las imágenes de un campo, una semilla de mostaza y un poco de levadura escondida en la masa. Jesús nos recuerda que Dios obra con paciencia en nuestro mundo y en nuestros corazones. El trigo y la cizaña crecen juntos durante un tiempo, y sin embargo Dios nunca deja de cuidar su campo. Él ve posibilidades allí donde nosotros a menudo vemos fracaso.

Vivimos en un mundo que quiere resultados inmediatos. Podemos desanimarnos por el mal que nos rodea, por las debilidades presentes en la Iglesia, en nuestras familias e incluso dentro de nosotros mismos. Sin embargo, hoy Jesús nos invita a no desesperar. El Reino de Dios crece con frecuencia de manera silenciosa, lenta e invisible, como una pequeña semilla de mostaza que llega a convertirse en un gran árbol.

El Señor también nos advierte contra los juicios severos. Solo Dios ve toda la verdad de cada corazón humano. Mientras nosotros somos rápidos para condenar, Dios permanece paciente y misericordioso, concediendo tiempo para el arrepentimiento, la sanación y el crecimiento. Mientras nos preparamos para celebrar estos santos misterios, pidamos perdón por las veces en que hemos sembrado desaliento en lugar de esperanza, juicio en lugar de misericordia, impaciencia en lugar de confianza.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús,

Tú eres el agricultor paciente que nunca abandona el campo de nuestra vida: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús,

Tú siembras la pequeña semilla de la esperanza y de la fe en nuestros corazones: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús,

Tú nos llamas a confiar en tu misericordia y a perseverar en el bien: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso, que es paciente con nuestra debilidad, rico en misericordia y siempre dispuesto a conducirnos nuevamente hacia Él, perdone nuestros pecados, fortalezca el bien que ha sembrado en nosotros y nos lleve a la vida eterna. Amén.

INVITACIÓN AL GLORIA

Porque Dios no abandona a su pueblo, sino que continúa obrando pacientemente en nuestras vidas y en nuestro mundo, elevemos ahora nuestras voces en alabanza y cantemos juntos:

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que cultivas pacientemente las semillas de tu Reino en medio de la debilidad y de las luchas del corazón humano, concédenos la gracia de perseverar en la fe, de sembrar esperanza en un mundo cansado y de confiar en tu sabiduría misericordiosa cuando todavía no podemos contemplar la plenitud de la cosecha.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Un agricultor contó una vez la historia de un niño que deseaba con entusiasmo ayudar en el huerto familiar. Una mañana, el muchacho corrió orgullosamente hacia su abuelo y le dijo:

—¡He arrancado toda la maleza!

El abuelo sonrió con cierta inquietud y caminó hacia el huerto. Para su horror, el niño había arrancado no solamente la maleza, sino también muchas de las jóvenes plantas de verduras. El pequeño todavía no podía distinguir la diferencia. Lo que a él le parecía inútil era en realidad algo valioso y lleno de vida.

El anciano agricultor le dijo con suavidad:

—Debes aprender la paciencia antes de poder juzgar lo que pertenece a un jardín.

Esa sencilla lección está en el corazón del Evangelio de hoy.

Jesús habla de un campo donde el trigo y la cizaña crecen juntos. Normalmente, algunas malas hierbas en un campo son inevitables. Todo agricultor lo espera. Pero en la parábola sucede algo sorprendente: un enemigo siembra deliberadamente cizaña entre el trigo durante la noche. Es un acto de maldad, de sabotaje, de venganza. Cuando las plantas comienzan a crecer, el daño ya está hecho. La cizaña se ha entrelazado con el trigo.

Los siervos hacen inmediatamente la pregunta más lógica:

—¿Quieres que vayamos a arrancarla?

Pero el dueño los sorprende:

—No. Dejen que ambos crezcan juntos hasta la cosecha.

A primera vista esto parece extraño. ¿Por qué permitir que la cizaña permanezca? ¿Por qué tolerar lo que es perjudicial?

Porque el dueño sabe algo que los siervos no saben: si actúan demasiado rápido, podrían destruir también el trigo.

Y Jesús no está hablando realmente de agricultura. Está hablando del corazón humano, de la Iglesia, del mundo y de la paciencia de Dios.

La realidad que Jesús describe nos resulta dolorosamente familiar.

Dondequiera que Dios siembra buena semilla, el mal intenta sembrar cizaña.

Ya lo vemos en las primeras páginas de la Escritura. Dios crea un hermoso jardín y concede a la humanidad una vida abundante. La confianza, la armonía y la amistad con Dios son las buenas semillas que Él planta. Pero inmediatamente aparece la serpiente y siembra otra semilla: la sospecha.

—Dios les está ocultando algo.

Y desde ese momento la desconfianza entra en el corazón humano.

El mismo patrón continúa a lo largo de la historia.

Jesús fundó su Iglesia para que fuera signo de amor y de unidad en el mundo. Los primeros cristianos estaban tan

llenos de caridad que la gente decía admirada:

—Miren cómo se aman.

Ese era el trigo de Dios creciendo en el mundo.

Pero entonces el enemigo sembró cizaña: divisiones, murmuraciones, orgullo, escándalos, luchas de poder y resentimientos. Incluso hoy, junto a una extraordinaria santidad, también encontramos debilidad y pecado dentro de la Iglesia.

Y la misma lucha existe dentro de las familias.

Los padres siembran sinceramente semillas de fe en sus hijos. Les enseñan a orar, los llevan a la Misa y les enseñan la bondad y la honestidad. Sin embargo, más tarde los hijos a veces eligen caminos que hieren profundamente el corazón de sus padres. Entonces ellos se preguntan:

—¿De dónde vino esto? Nosotros no sembramos estas cosas.

No, no las sembraron. Pero hay otro sembrador trabajando también en el mundo.

Por eso Jesús nos cuenta esta parábola. Quiere que comprendamos la realidad sin perder la esperanza.

Hay otra tentación escondida en este Evangelio: la tentación de convertirnos en jueces severos.

A veces miramos el mundo, la Iglesia o incluso nuestras propias familias y pensamos:

—¿No sería más fácil eliminar simplemente a todas las personas malas? ¿Separar ahora mismo a los buenos de los malos?

Los mismos discípulos cayeron una vez en esa tentación. Cuando una aldea samaritana rechazó a Jesús, le preguntaron:

—Señor, ¿quieres que hagamos bajar fuego del cielo sobre ellos?

Jesús los reprendió.

Los seres humanos suelen estar ansiosos por purificar, condenar, excluir y arrancar. Pero la historia demuestra cuán peligroso puede llegar a ser ese celo cuando pierde la humildad y la misericordia.

Porque la verdad es que la línea que separa el trigo de la cizaña no pasa simplemente entre “nosotros” y “ellos”.

Pasa por el corazón de cada persona.

Hay trigo en nosotros: bondad, generosidad, fe y amor.

Pero también hay cizaña: orgullo, egoísmo, impaciencia, ira y miedo.

Incluso san Pedro nos muestra este misterio. En un momento Jesús le dice:

—Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia.

Y pocos versículos después le dice al mismo Pedro:

—¡Apártate de mí, Satanás!

¿Qué era Pedro? ¿Trigo o cizaña?

La respuesta es: ambas realidades luchaban dentro de él.

Y lo mismo sucede con nosotros.

Una de las grandes amenazas de la vida espiritual es creer que podemos juzgar perfectamente a otra persona. Solo Dios ve todo el campo. Solo Dios conoce las luchas ocultas, las heridas, las motivaciones y las posibilidades que existen en cada alma.

Por eso la primera lectura de hoy dice algo tan hermoso acerca de Dios:

“Tú juzgas con benignidad.”

Dios es lo suficientemente fuerte como para ser paciente.

Un sacerdote contó una vez que visitó una prisión donde conoció a un hombre condenado por crímenes terribles. Al principio, al sacerdote le resultaba difícil incluso hablarle con amabilidad. Pero durante sus conversaciones, el prisionero comenzó a llorar y dijo:

—Padre, todos ven lo que he hecho. Nadie ve al pequeño niño que una vez fui.

Más tarde, el sacerdote comentó:

—En ese momento comprendí que Dios nunca deja de ver a la persona que permanece escondida detrás del pecado. Eso no significa que el mal sea algo sin importancia. Jesús es muy claro: ciertamente habrá una cosecha. Habrá un juicio. El bien y el mal no son lo mismo. Nuestras decisiones tienen consecuencias eternas.

Pero ahora, ahora todavía es tiempo de misericordia.

Como dice san Pablo en otro lugar:

«¿No te das cuenta de que la paciencia de Dios quiere llevarte a la conversión?»

Dios retrasa el juicio no porque sea indiferente, sino porque espera la conversión.

Después Jesús nos presenta dos parábolas más: la de la semilla de mostaza y la de la levadura.

La semilla de mostaza en Israel era diminuta, casi invisible. Un sacerdote contó que durante un retiro mostró una auténtica semilla de mostaza traída de Tierra Santa. Era tan pequeña que una anciana con problemas de vista se inclinó cada vez más para intentar verla. Finalmente, sin querer, la sopló con su aliento y la semilla desapareció para siempre.

Sin embargo, Jesús dice que esa pequeña semilla llega a convertirse en un gran arbusto donde los pájaros hacen sus nidos.

¿Qué nos está enseñando Jesús?

Que el Reino de Dios comienza muchas veces de

maneras pequeñas, escondidas y desapercibidas.

Una oración silenciosa.

Un niño que aprende a santiguarse.

Una palabra de perdón.

Un matrimonio fiel.

Una visita a un enfermo.

Un sacrificio oculto.

Una persona solitaria que sigue confiando en Dios.

Ninguna de estas cosas parece extraordinaria. Sin embargo, el Reino crece precisamente a través de estas pequeñas semillas.

Vivimos en un mundo obsesionado con los resultados inmediatos. Queremos todo al instante: éxito, santidad, renovación, respuestas. Pero todo agricultor sabe que, después de sembrar una semilla, no puede desenterrarla cada día para comprobar si está creciendo. Si lo hace, la destruye.

El crecimiento requiere paciencia.

Y lo mismo ocurre en la vida espiritual.

A veces las personas se desaniman porque no ven cambios inmediatos en sí mismas, en la Iglesia o en la sociedad. Sin embargo, Dios suele estar obrando silenciosamente bajo la superficie.

Pensemos en cuánto ha cambiado a lo largo de las generaciones. Hubo épocas en que cristianos de distintas tradiciones se trataban unos a otros con sospecha y hostilidad. Hoy muchos rezan juntos, sirven juntos y buscan juntos la unidad. Lo que parecía imposible comenzó lentamente a crecer como una semilla de mostaza.

La obra de Dios suele ser silenciosa, gradual y escondida. Y quizá esa sea precisamente la palabra que muchos de nosotros necesitamos escuchar hoy.

No desprecies los pequeños comienzos.

No pierdas la esperanza porque todavía haya cizaña en el campo.

No juzgues demasiado rápido.

No te rindas contigo mismo.

Incluso cuando nos sentimos débiles, confundidos o divididos interiormente, san Pablo nos recuerda en la segunda lectura de hoy:

«El Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad.»

Dios no espera a que seamos perfectos para comenzar su obra. Él trabaja precisamente en medio de nuestra debilidad.

Quiero terminar con otra historia.

Una mujer compró una vez una vieja casa abandonada que tenía detrás un jardín descuidado. La tierra estaba seca, las plantas habían crecido sin control y la maleza cubría casi todo. Sus vecinos se rieron cuando ella dijo que quería restaurarlo.

Pero cada día trabajaba silenciosamente. Regaba. Sembraba semillas. Quitaba lo que podía, con paciencia y cuidado. Durante meses no parecía suceder nada extraordinario.

Entonces, una mañana de primavera, el jardín estalló repentinamente en colores. Las flores florecieron por todas partes. Los pájaros regresaron. La gente se detenía y

contemplaba el lugar con asombro.

Alguien le preguntó:

—¿Cómo ocurrió esto?

Ella respondió:

—Estaba creciendo mucho antes de que alguien pudiera verlo.

Así es el Reino de Dios.

Dios sigue trabajando en la tierra escondida del mundo.

Dios sigue trabajando en su Iglesia.

Dios sigue trabajando en tu corazón.

Por eso, sé paciente.

Permanece vigilante.

Sigue sembrando semillas de esperanza.

Y confía en el Divino Jardinero, el único que sabe cómo hacer surgir la cosecha en el momento oportuno.

Amén.

INVITACIÓN AL CREDO

Unidos en la fe sembrada en nosotros en el Bautismo, y confiando en el Dios cuyo Reino continúa creciendo entre nosotros, profesemos ahora juntos nuestra fe:

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que estos dones, como semillas depositadas en la tierra, lleguen a ser para nosotros signos del amor paciente de Dios y de su gracia salvadora, y para que mi sacrificio y el de ustedes sean agradables a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor, recibe los dones que ponemos ante Ti y hazlos fecundos por el poder de tu gracia.

Así como haces brotar pacientemente una abundante cosecha de las pequeñas y escondidas semillas de la tierra, haz también que estas ofrendas sagradas profundicen en nosotros la vida de la fe, la esperanza y la caridad. Por Cristo nuestro Señor.

Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno,
por Cristo, Señor nuestro.

Porque en tu sabiduría y misericordia
guías el crecimiento de tu Reino entre nosotros.

No abandonas el campo de este mundo
a causa del pecado y de la debilidad humana,
sino que con amor paciente continúas sembrando el bien,
llamando a los pecadores a la conversión
y fortaleciendo a los fieles en la esperanza.

En Cristo, tu Hijo, la pequeña semilla del Reino se
convirtió para nosotros en fuente de vida eterna.

Por su Muerte y Resurrección
haces brotar una abundante cosecha de gracia
de las luchas y pruebas ocultas de la vida humana.

Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles,

con los Tronos y las Dominaciones,
y con todos los coros celestiales,
cantamos el himno de tu gloria, diciendo sin cesar:
Santo, Santo, Santo es el Señor...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Confianto en el Padre que cuida pacientemente de sus
hijos y que nunca deja de alimentar las semillas de gracia
sembradas en nosotros, oremos con confianza usando las
palabras que nuestro Salvador nos enseñó:

EMBOLISMO

Líbranos de todos los males, Señor,
y concédenos la paz en nuestros días,
para que, ayudados por tu misericordia,
vivamos siempre libres de pecado
y protegidos de toda perturbación,
mientras esperamos la gloriosa venida
de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,

Tú nos enseñaste a ser pacientes y misericordiosos,
a resistir la tentación de juzgar
y a sembrar paz y esperanza en el mundo.

No tengas en cuenta nuestros pecados,
sino la fe de tu Iglesia,
y conforme a tu voluntad concédele la paz y la unidad.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios,
que reúne pacientemente el trigo en su Reino
y nos alimenta con el Pan de la vida eterna.
Dichosos los invitados a la cena del Señor.
Señor, no soy digno de que entres en mi casa...

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Jesús,

Tú entras silenciosamente en nuestros corazones,
como la semilla de mostaza escondida en la tierra,
como la levadura que trabaja calladamente en la masa.

Fortalece el bien que has sembrado en nosotros.

Enséñanos a tener paciencia con nosotros mismos y con
los demás.

Cuando nos sintamos desanimados por la cizaña presente
en el campo de la vida,
recuérdanos que tu gracia sigue actuando.

Que esta Eucaristía nos ayude a sembrar esperanza en
lugar de miedo,
misericordia en lugar de juicio,
fe en lugar de desesperación,
hasta el día en que nos reúnas en la cosecha de tu Reino.
Amén.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Habiendo recibido estos santos misterios,
te rogamos humildemente, Señor,
que continúes fortaleciendo en nosotros
las semillas de gracia y santidad
plantadas por esta Eucaristía,
para que, creciendo en paciencia, fe y amor,
podamos un día participar plenamente
en la alegría de tu cosecha celestial.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor,
que cuida pacientemente el campo de su pueblo,
fortalezca el bien que ha sembrado en sus corazones.
Amén.
Que Él les ayude a sembrar semillas de esperanza,
misericordia y paz dondequiera que vayan.
Amén.

Y que los conduzca con seguridad hasta la cosecha de la
vida eterna.

Amén.

Y que la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, ✠ Hijo y Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes y permanezca para siempre.
Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, y con su paciencia, misericordia y fe,
ayuden a que el Reino de Dios crezca en el mundo.
Demos gracias a Dios.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

“No pierdas la esperanza porque haya cizaña en el campo.
Dios sigue obrando bajo la superficie.
Continúa sembrando semillas de fe, misericordia y
esperanza;
la cosecha le pertenece a Él.”

20 de julio de 2026 – Lunes, 16.^a Semana del Tiempo Ordinario

Miqueas 6,1-4. 6-8; Mateo 12,38-42

Dios ya está aquí: más grande que todo lo que buscamos en otra parte.

INTRODUCCIÓN

Queridos hermanos y hermanas en Cristo:

Vivimos en un mundo que está constantemente buscando señales más grandes, certezas más claras y experiencias extraordinarias. Sin embargo, hoy la Palabra de Dios nos recuerda con suavidad que el Señor ya está cerca. Así como la Reina del Sur buscó la sabiduría y los habitantes de Nínive respondieron a la predicación de Jonás, también nosotros somos invitados a reconocer la presencia de Dios que ya está delante de nosotros en Cristo.

El profeta Miqueas atraviesa toda ilusión y nos dice claramente lo que Dios nos pide: practicar la justicia, amar con ternura y caminar humildemente con nuestro Dios. Con frecuencia pasamos por alto estos caminos sencillos pero exigentes porque buscamos algo más espectacular,

mientras el Señor espera silenciosamente ser reconocido en los deberes ordinarios del amor, la misericordia y la fidelidad.

También hay momentos en los que la vida nos deja llenos de temor y atrapados, como Israel ante el mar. Nos volvemos ansiosos, inquietos y deseosos de forzar soluciones. Sin embargo, el Señor nos dice hoy, como dijo por medio de Moisés: «El Señor combatirá por ustedes; ustedes quédense tranquilos». En el silencio confiado descubrimos que Dios ya está actuando delante de nosotros.

Mientras nos preparamos para celebrar estos santos misterios, reconozcamos las veces en que no supimos descubrir al Señor ya presente en nuestra vida, en su Palabra, en los demás y en el llamado silencioso a la santidad. Pidamos perdón y paz en este acto penitencial.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, Tú eres la Sabiduría más grande que Salomón, y sin embargo muchas veces buscamos otras señales mientras ignoramos tu presencia entre nosotros.

Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, Tú nos llamas a practicar la justicia, amar con ternura y caminar humildemente con Dios, pero nosotros resistimos las exigencias silenciosas del amor.

Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, Tú permaneces con nosotros en cada prueba y nos pides confiar cuando el camino hacia adelante está oculto a nuestros ojos. Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso, que en su misericordia nunca deja de acercarse a su pueblo, nos perdone por buscarlo lejos mientras dejamos de reconocer su presencia ya existente entre nosotros; que nos fortalezca para confiar en Él en el silencio, caminar humildemente por sus senderos y vivir una vida marcada por la justicia y la misericordia. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que has revelado en tu Hijo la plenitud de la sabiduría y de la misericordia, concédenos la gracia de reconocer tu presencia que ya actúa en nuestra vida cotidiana, para que, practicando la justicia, amando con ternura y caminando humildemente delante de ti, permanezcamos firmes en la confianza incluso en los momentos de temor e incertidumbre.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Una conocida historia de la Escritura nos ayuda a comprender el Evangelio de hoy. La Reina del Sur viajó desde los confines de la tierra para escuchar la sabiduría de Salomón, y los habitantes de Nínive respondieron con arrepentimiento a la predicación de Jonás. Sin embargo, ahora Jesús afirma que alguien infinitamente más grande está delante de ellos, y aun así siguen pidiendo pruebas.

La ironía es profunda: quienes estaban lejos reconocieron la sabiduría y la advertencia de Dios, mientras que quienes estaban más cerca de su misterio permanecieron indiferentes.

Jesús no es simplemente otro profeta que señala hacia Dios; Él es la Palabra hecha carne. No es solamente un maestro sabio como Salomón; Él es la Sabiduría misma de Dios. No es solo un mensajero como Jonás; Él es el mensaje de misericordia en persona. Y, sin embargo, la exigencia continúa: «Danos una señal». El Evangelio pone al descubierto una tentación sutil presente en toda vida religiosa: querer basar la fe en espectáculos extraordinarios en lugar de reconocer la gracia ya presente en el encuentro cotidiano.

Las palabras de Miqueas rompen esta ilusión. La voluntad de Dios no está escondida en lo extraordinario, sino revelada en la sencilla fidelidad ética de cada día: justicia, misericordia y humildad. Estas no son cosas pequeñas; son la forma concreta de una vida que reconoce a Dios actuando ya en medio de nosotros. El problema no es que

Dios permanezca en silencio, sino que con frecuencia preferimos respuestas más ruidosas que las exigencias discretas del amor.

También hay momentos en que la vida se parece a la experiencia de los israelitas a la orilla del mar: el faraón detrás, el mar delante y el pánico creciendo. En esos momentos, el instinto es actuar, corregir, forzar una salida. Sin embargo, las palabras de Moisés resuenan a través de esas situaciones: «El Señor combatirá por ustedes; ustedes quédense tranquilos». Esa quietud no es pasividad, sino confianza; es un acto de abandono en el Dios que ya está obrando incluso cuando no podemos ver el camino.

Una historia sencilla puede ayudarnos a comprender esta verdad. Un campesino pasaba cada mañana por una pequeña capilla camino a sus campos. Siempre entraba unos minutos y permanecía en silencio ante el Santísimo Sacramento. Un día alguien le preguntó qué decía durante aquellas visitas tan breves. Él respondió: «No digo mucho. Yo lo miro a Él y Él me mira a mí». Aquel hombre había

comprendido que la presencia de Dios no siempre se manifiesta en acontecimientos extraordinarios, sino en una relación sencilla y constante de confianza y amor.

La invitación más profunda de hoy es reconocer que no estamos faltos de señales. La señal más grande ya nos ha sido dada en Cristo mismo, que sale a nuestro encuentro no solo en los momentos de claridad, sino también en el tejido ordinario de nuestra existencia. La cuestión es si tenemos ojos para ver lo que ya está delante de nosotros.

Y así llegamos finalmente a otro ejemplo de fortaleza silenciosa. San Pablo, escribiendo desde la prisión, ya no podía viajar ni predicar como antes. Sin embargo, descubrió una libertad más profunda que cualquier movimiento exterior. En su confinamiento aprendió una certeza nueva: «Todo lo puedo en Aquel que me fortalece». La actividad externa había cesado, pero la presencia interior no. Allí, en el silencio de sus limitaciones, descubrió que el Señor no estaba en otra parte: ya estaba allí, sosteniéndolo desde dentro.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que este sacrificio, por el cual Cristo mismo viene entre nosotros como la mayor señal del amor del Padre, sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Recibe, Señor, los dones que colocamos sobre tu altar y enséñanos, por medio de esta santa ofrenda, a reconocer tu presencia no solo en los momentos extraordinarios, sino también en la vivencia fiel de la justicia, la misericordia y la humilde confianza.

Que estos santos misterios nos fortalezcan para permanecer serenos ante tu providencia y seguros de tu poder salvador.

Por Cristo nuestro Señor.

Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación,
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno,
por Cristo nuestro Señor.

Porque en Él nos has dado la señal más grande de tu
amor: no un mensaje lejano,
sino a tu propio Hijo habitando entre nosotros.

Cuando la humanidad buscaba sabiduría,
Él vino como la Sabiduría misma;
cuando el mundo anhelaba misericordia,
Él vino como la misericordia hecha carne.

En cada época enseñas a tu pueblo
que tu presencia no está escondida en la distancia,
sino que se revela en vidas modeladas por la justicia, la
ternura y la humilde confianza.

En los momentos de temor e incertidumbre,
permaneces cercano a quienes esperan en ti con fe,
fortaleciéndolos con un valor sereno

y guiándolos por senderos que todavía no pueden ver.

Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles, con los Tronos
y las Dominaciones, y con todos los coros celestiales,
cantamos el himno de tu gloria, diciendo sin cesar:
Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios del universo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su
divina enseñanza, nos atrevemos a decir, confiando en
que el Padre que ya está cerca de nosotros conoce
nuestras necesidades incluso antes de que se las
presentemos:

EMBOLISMO

Líbranos de todos los males, Señor, y concédenos la paz
en nuestros días, para que, en medio de los temores e
incertidumbres de la vida, podamos confiar en tu acción
escondida y reconocer tu presencia que ya nos guía; y,
ayudados por tu misericordia, vivamos siempre libres de
pecado y protegidos de toda perturbación, mientras
esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador
Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,
que dijiste a tus Apóstoles:

«La paz les dejo, mi paz les doy».

En los momentos en que el miedo nos rodea como el mar
delante de Israel,
enséñanos a confiar en tu presencia silenciosa que ya
está actuando entre nosotros.

Cuando buscamos señales y seguridades,
ayúdanos a reconocerte en los caminos ordinarios de la
fidelidad cotidiana,
en la justicia, la misericordia, el amor humilde y la fe
perseverante.

No tengas en cuenta nuestros pecados,
sino la fe de tu Iglesia,
y concédele, según tu voluntad,
la paz y la unidad.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios, este es Aquel que ya está
entre nosotros, la Sabiduría del Padre y el Pan de Vida.
Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Jesús,
cuántas veces te hemos buscado en señales lejanas
mientras Tú esperabas silenciosamente a nuestro lado:
en tu Palabra, en la Eucaristía,
en las exigencias ocultas del amor,
y en la quietud de la confianza.

Permanece con nosotros en los caminos ordinarios de la
vida. Enséñanos a reconocer tu presencia
cuando el camino por delante no está claro,
a confiar en Ti cuando el miedo surge dentro de nosotros,
y a creer que tu gracia ya está actuando
incluso antes de que veamos la respuesta.

Como san Pablo en su prisión,
que descubramos que la verdadera fortaleza

no proviene de nuestro propio control,
sino de tu presencia dentro de nosotros.

Porque verdaderamente, Señor,
Tú ya estás aquí.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Después de recibir el Sacramento de la salvación,
te rogamos humildemente, Señor,
que por esta santa Comunión
abras nuestros ojos para reconocer a tu Hijo
presente en los momentos ordinarios de la vida
y nos fortalezcas para perseverar en la justicia, la
misericordia y la humilde confianza.
Que aprendamos a descansar confiadamente en tu
providencia,
sabiendo que siempre estás cerca de tu pueblo.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor los bendiga con ojos capaces de reconocer
su presencia que ya está actuando en sus vidas.

Amén.

Que les conceda la gracia de caminar humildemente,
practicar la justicia y amar con ternura cada día.

Amén.

Y cuando el temor o la incertidumbre los abrumen, que los
fortalezca con una confianza serena y una paz interior
profunda.

Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes y permanezca para siempre.
Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor al reconocerlo en
los momentos ordinarios de la vida diaria.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

La señal más grande de Dios no está en algún lugar lejano ni es algo que todavía tenga que llegar. Cristo ya está aquí: en la Eucaristía, en su Palabra, en la confianza silenciosa y en el llamado cotidiano a la justicia, la misericordia y el amor humilde.

21 de julio de 2026 – Martes de la 16.^a Semana del Tiempo Ordinario

Is 7,1-9; Mt 12,46-50

Tema central: La verdadera familia se forma al cumplir la voluntad de Dios.

INTRODUCCIÓN

Queridos hermanos y hermanas en Cristo:

La vida nos coloca con frecuencia en encrucijadas donde debemos elegir entre lo que nos parece seguro y lo que Dios nos está pidiendo. Como el montañista que confía en el guía que no puede ver claramente en medio de la tormenta, la fe nos invita a apoyarnos no en las certezas humanas, sino en la voz del Señor que nos conduce hacia adelante.

En las lecturas de hoy, el rey Ajaz se encuentra lleno de temor ante circunstancias amenazantes, pero Dios lo exhorta a no desanimarse. En el Evangelio, Jesús nos abre a una comprensión más profunda de lo que significa pertenecer: el verdadero parentesco no se basa solamente en la sangre, sino en corazones unidos por el

cumplimiento de la voluntad del Padre.

El Señor nos recuerda que el discipulado exige a veces dejar atrás el miedo, los apegos y los intereses personales para entrar en la familia más amplia que Dios está formando. Cuando confiamos en su voluntad, descubrimos una comunión más profunda que cualquier cosa que el mundo pueda ofrecer.

Sin embargo, ha habido momentos en los que hemos resistido la llamada de Dios, hemos preferido la comodidad a la confianza y hemos dudado en entregarnos plenamente a su voluntad. Por eso, reconozcamos nuestros pecados y preparémonos para celebrar dignamente estos sagrados misterios.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú nos llamas a ir más allá del miedo para vivir una obediencia confiada a la voluntad del Padre:
Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú reúnes en una sola familia a todos los que escuchan la Palabra de Dios y la ponen en práctica:
Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú nos conduces de los apegos pasajeros a una comunión más profunda en tu Reino: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso, que nos llama a confiar en Él y a caminar fielmente en su voluntad, perdone las veces en que hemos elegido el miedo en lugar de la fe y el egoísmo en lugar del amor; que nos fortalezca con su misericordia y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que nos revelas que la verdadera comunión se encuentra en escuchar tu palabra y cumplir tu voluntad, concédenos la gracia de confiar en ti más allá de nuestros temores y de seguir a tu Hijo con un corazón generoso, para que lleguemos a ser una sola familia en tu amor.
Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo
y es Dios por los siglos de los siglos.
Amén.

HOMILÍA

Una joven pasajera llegó una vez a un aeropuerto muy concurrido con apenas unos minutos antes de la salida de su vuelo. Debía tomar una decisión: quedarse con su familia, que veía con tristeza su partida hacia una nueva misión en el extranjero, o abordar el avión que la llevaría al trabajo al que sentía que Dios la había llamado desde hacía mucho tiempo. Entre lágrimas y abrazos, finalmente se despidió y caminó hacia la puerta de embarque, comprendiendo que a veces el amor exige dejar ir para poder ser fiel a una vocación más profunda.

En el Evangelio encontramos a Jesús en un momento semejante de decisión. Su madre y sus familiares llegan donde Él está, preocupados por su situación y quizá esperando atraerlo nuevamente a la seguridad de los vínculos familiares conocidos. Pero Jesús aprovecha la ocasión para revelar algo más grande: «¿Quién es mi madre? ¿Quiénes son mis hermanos?». Y señalando a sus discípulos, declara que quienes cumplen la voluntad de su Padre son su verdadera familia. No está rechazando

a su familia terrena; está revelando que está naciendo una nueva familia, una familia que no se fundamenta en los lazos de sangre, sino en la obediencia a la voluntad de Dios.

Este es el corazón del mensaje evangélico de hoy, y se relaciona profundamente con la primera lectura. Ajaz tiene miedo; se siente amenazado por fuerzas que están fuera de su control. Sin embargo, Dios lo llama a superar el temor y a confiar. Del mismo modo, Jesús invita a sus oyentes a ir más allá de los límites de la pertenencia natural para entrar en la libertad de una pertenencia espiritual. Ambas lecturas nos plantean la misma pregunta: ¿permaneceremos encerrados en lo conocido o nos atreveremos a entrar en lo que Dios está formando más allá de nuestra comodidad?

El hilo conductor que atraviesa ambas lecturas es sencillo y, al mismo tiempo, exigente: la verdadera familia se forma al cumplir la voluntad de Dios. Y esa voluntad muchas veces requiere un “éxodo”, una salida de aquello que es seguro, esperado o emocionalmente confortable. Como

Jesús, como Ajaz es invitado a ser, y como los discípulos están aprendiendo a ser, la fe significa permitir que Dios redefina dónde está nuestro verdadero hogar.

A veces esto generará tensiones. Podemos sentirnos atraídos por lealtades, costumbres o expectativas que en sí mismas son buenas. Sin embargo, el Evangelio no disminuye esos vínculos; más bien los purifica y los profundiza al colocarlos dentro del horizonte más amplio del plan de Dios.

Se cuenta una historia de santa Teresa de Calcuta. Cuando dejó su convento para responder al llamado de Dios de servir a los más pobres entre los pobres en las calles de Calcuta, tuvo que abandonar muchas seguridades y estructuras conocidas. Aquella decisión exigió valentía y confianza. Pero al seguir fielmente la voluntad de Dios, descubrió una familia inmensa: miles de personas pobres, abandonadas y sufrientes a quienes pudo llamar hermanos y hermanas. Su amor no se redujo; se hizo más grande y más universal.

Y así vuelve a nosotros la pregunta: ¿hacia dónde nos

está llamando Dios para que vayamos más allá del miedo, más allá de los apegos e incluso más allá de aquello que es bueno, con el fin de entrar más profundamente en su voluntad? Porque es precisamente allí —a veces en medio de la incertidumbre y del sacrificio— donde descubrimos no el aislamiento, sino una comunión más profunda: la familia de aquellos que viven según la voluntad del Padre.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que, al presentar estos dones sobre el altar, ofrezcamos también a Dios nuestros temores, nuestros apegos y nuestros deseos, de modo que nuestras vidas sean moldeadas cada vez más plenamente según su santa voluntad, y para que este sacrificio mío y de ustedes sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Recibe, Señor, las ofrendas de tu pueblo
y, por medio de estos sagrados misterios,
enséñanos a confiar en tu providencia más que en
nuestras propias seguridades

y a buscar nuestra verdadera pertenencia
en la familia de tu Hijo. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación,
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.
Porque nunca abandonas a tu pueblo en medio de sus
temores,
sino que lo guías con sabiduría y misericordia.
Cuando los corazones se llenan de incertidumbre y
ansiedad,
nos invitas a poner nuestra confianza en tus promesas.
Por medio de tu Hijo, Jesucristo,
nos has revelado que la verdadera grandeza se encuentra
no en el poder o los privilegios terrenos,
sino en la obediencia fiel a tu voluntad.
Él reunió a su alrededor una nueva familia,

formada no solamente por vínculos de sangre,
sino por corazones abiertos a tu palabra
y dispuestos a seguirte.
En Él nos enseñas que la entrega a tu voluntad
no disminuye el amor,
sino que lo ensancha hasta convertirlo en una comunión
que abraza a todos.
Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles,
con los Tronos y las Dominaciones,
y con todos los coros y potestades del cielo,
cantamos el himno de tu gloria,
diciendo sin cesar:
Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios del universo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Como hijos reunidos en una sola familia por la obediencia
a la voluntad del Padre, y confiando en el amor que nos
une más allá de todo miedo y apego, oremos con
confianza las palabras que nuestro Salvador nos enseñó:

EMBOLISMO

Líbranos de todos los males, Señor, y concédenos la paz en nuestros días, para que, confiando en tu providencia y siendo fieles a tu voluntad, quedemos libres del miedo y lleguemos a estar cada vez más unidos como una sola familia en Cristo, mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, tú nos enseñaste que todos los que cumplen la voluntad del Padre pertenecen a tu familia de paz y amor. Líbranos de los miedos y divisiones que nos separan y une nuestros corazones en una obediencia fiel a tu palabra. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios, que reúne en una sola familia a todos los que confían en la voluntad del Padre.

Dichosos los invitados a la cena del Cordero.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Jesús, en esta Eucaristía nos has acercado a ti y también los unos a los otros.

Nos recuerdas que no estamos solos, porque todos los que buscan la voluntad del Padre se convierten en hermanos y hermanas en tu Reino. Enséñanos a confiar en ti cuando el camino sea incierto, a desprendernos de aquello que nos retiene, y a caminar con valentía allí donde nos conduzca tu voz. Que esta comunión nos fortalezca para vivir no solo para nosotros mismos, sino como miembros de tu santa familia, unidos en la fe, la esperanza y el amor.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Después de recibir el sacramento de la salvación, te suplicamos humildemente, Señor, que, por este don celestial, nos fortalezcas para confiar en tu voluntad

y vivir como miembros fieles de la familia de Cristo.

Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor fortalezca sus corazones en toda prueba y los libre de todo temor.

Amén.

Que Él los guíe siempre por el camino de su voluntad y los introduzca cada vez más profundamente en la comunión de su familia.

Amén.

Y que la bendición de Dios todopoderoso,

Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo,

descienda sobre ustedes y permanezca para siempre.

Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor con una confianza firme en su voluntad y viviendo como una sola familia en Cristo.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

La verdadera pertenencia no se encuentra simplemente en lo que nos resulta familiar o cómodo, sino en cumplir fielmente la voluntad de Dios. Allí donde la confianza nos lleva más allá del miedo, descubrimos la familia más profunda de Cristo.

**22 de julio de 2026 – Miércoles de la 16.ª Semana del
Tiempo Ordinario - Santa María Magdalena**

Cant 3,1-4 o 2 Cor 5,14-17; Jn 20,1-2.11-18

*Hilo conductor: «El Señor que nos llama por nuestro
nombre transforma la búsqueda en encuentro y el dolor en
misión.»*

INTRODUCCIÓN

Una mujer perdió una vez su anillo de bodas mientras trabajaba en su jardín. Presa del pánico, comenzó a buscar desesperadamente entre la tierra, convencida de que lo había perdido para siempre. Una vecina le aconsejó tranquilamente que dejara de buscar a ciegas y recorriera con cuidado los pasos que había dado. Cuando lo hizo, de pronto vio el brillo del anillo en un lugar que había pasado por alto. Lo que estaba perdido no había desaparecido realmente; ella necesitaba una nueva mirada para reconocer lo que ya estaba cerca.

María Magdalena llega al sepulcro con un corazón semejante. Busca en medio de la oscuridad del dolor, convencida de que la muerte le ha arrebatado todo.

Incluso cuando Jesús está delante de ella, la tristeza le impide reconocerlo. Pero cuando el Señor la llama por su nombre, su búsqueda se convierte en encuentro y su dolor comienza a abrirse a la esperanza.

También nosotros venimos hoy cargando pérdidas, preguntas, decepciones y anhelos. A veces buscamos al Señor en medio de la confusión, sin darnos cuenta de que Él ya está cerca, buscándonos con amor.

Por eso, confiando en la misericordia de Aquel que conoce a cada uno de nosotros por nuestro nombre, reconozcamos nuestros pecados y preparémonos para celebrar estos sagrados misterios.

ACTO PENITENCIAL CON INVOCACIONES DEL KYRIE

Señor Jesús, tú llamas a cada uno de nosotros por su nombre y nunca nos abandonas en nuestra búsqueda:
Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú transformas el dolor en esperanza mediante la alegría de tu Resurrección: Cristo, ten piedad.
Señor Jesús, tú nos envías a anunciar la Buena Nueva de la vida nueva: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso, que nos llama de las tinieblas a la luz de su Hijo resucitado, perdone las veces en que hemos buscado sin confianza, nos hemos aferrado al miedo en lugar de la esperanza y no hemos sabido reconocer su presencia a nuestro lado. Que Él nos fortalezca para escuchar su voz, seguir su llamada y dar testimonio de la alegría de la Resurrección.

Y que Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que quisiste que tu Hijo Unigénito confiara a María Magdalena, antes que a nadie, el anuncio de la gran alegría de la Resurrección, concédenos, te rogamos, que por su intercesión podamos escuchar nuestro propio nombre pronunciado por el Buen Pastor, reconocer la presencia viva de Cristo en medio de nosotros y anunciar fielmente al mundo la esperanza del Evangelio.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Una mujer caminaba cada mañana hasta un banco del parque donde solía sentarse con su esposo antes de que él falleciera. Durante meses fue allí únicamente para recordar y llorar. Un día, mientras contemplaba el lugar en silencio, una niña se acercó y le regaló una flor diciendo: “Creo que usted necesita esto”. Nada cambió exteriormente en aquel instante, pero algo cambió en su interior. Comprendió que el amor no había terminado y que la vida aún tenía algo que ofrecerle. Había llegado buscando recuerdos, pero encontró una nueva esperanza. Así ocurre con María Magdalena en el jardín del sepulcro. Llega muy temprano, llevando todavía en su corazón el amor herido por la pérdida. Busca el cuerpo de Jesús, pero encuentra solamente vacío. Incluso cuando el Señor resucitado está delante de ella, no logra reconocerlo. El

dolor ha estrechado su visión: «Se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto».

Entonces llega el momento decisivo: «¡María!». En esa sola palabra todo cambia. Aquel a quien ella busca ya la estaba buscando. El reconocimiento no es fruto de un esfuerzo humano, sino un don recibido. El Buen Pastor llama a cada una de sus ovejas por su nombre, y el dolor comienza a abrirse a una vida nueva.

Aquí aparece silenciosamente el hilo conductor de esta celebración: el Señor que nos llama por nuestro nombre transforma la búsqueda en encuentro y el dolor en misión.

Sin embargo, el camino de María no termina ahí. Ella intenta aferrarse a Jesús tal como lo había conocido antes. Pero Cristo resucitado la guía suavemente más allá de lo familiar. La Resurrección no es un simple regreso al pasado, sino la entrada en una relación nueva vivida en el Espíritu. La fe madura cuando dejamos de aferrarnos a lo que fue y aprendemos a confiar en la manera nueva en que el Señor viene a nosotros.

A partir de este encuentro, María se convierte en la

primera mensajera de la Pascua. La que había venido a llorar es enviada a anunciar. Su misión no nace de tener todas las respuestas, sino de haber sido llamada por su nombre y transformada por ese encuentro.

Existe siempre un movimiento semejante en nuestras propias vidas. A veces buscamos al Señor en lugares que nos parecen vacíos, pensando que no estamos recibiendo nada. Sin embargo, el Evangelio nos sugiere que aquello que llamamos ausencia puede ser ya el espacio escondido del encuentro, donde el Señor actúa silenciosamente, esperando ser reconocido.

Un sacerdote contaba que, después de un funeral, vio a una madre de pie junto a la tumba de su hijo. Permaneció en silencio durante mucho tiempo. Entonces una persona que estaba cerca mencionó con cariño el nombre de su hijo. En ese momento, su silencio cambió; no porque su dolor desapareciera, sino porque el amor contenido en ese dolor había sido reconocido. “Gracias”, dijo ella, “por pronunciar su nombre. Temía que lo estuvieran olvidando”. María Magdalena nos enseña que cuando el Señor

pronuncia nuestro nombre, incluso en medio de la pérdida, nunca somos solamente personas que buscan; ya estamos siendo encontrados. Y después de haber sido encontrados, somos enviados a llevar ese encuentro que da vida al mundo entero.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Así como María Magdalena presentó ante el Señor resucitado su amor, su dolor y su corazón buscador, también nosotros colocamos ahora sobre este altar nuestras vidas, luchas, esperanzas y deseos, confiando en que Cristo los transformará con su gracia. Oremos para que nuestro sacrificio sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Acepta, Señor, las ofrendas que te presentamos en memoria de santa María Magdalena, cuyo amor por tu Hijo permaneció fiel incluso en medio del dolor, y concédenos que, por estos sagrados misterios, también nosotros

lleguemos a reconocer a Cristo vivo, que nos llama por nuestro nombre y nos envía con esperanza.

Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Porque en tu amorosa sabiduría no permitiste que el dolor tuviera la última palabra, sino que, por la Resurrección de tu Hijo, abriste el camino que conduce de la tristeza a la alegría y de la búsqueda al encuentro. Elegiste a santa María Magdalena para ser la primera testigo del sepulcro vacío y la primera anunciadora de la Pascua, enseñándonos que Cristo resucitado se revela a los corazones que lo buscan con amor.

Cuando tu Hijo la llamó por su nombre, sus lágrimas se transformaron en esperanza y su duelo en misión. Por medio de su testimonio recuerdas a tu Iglesia que nadie que busque al Señor es jamás abandonado, porque Cristo

sigue llamando a su pueblo a la vida nueva de la Resurrección.

Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles, con los Tronos y las Dominaciones, y con todos los coros celestiales, cantamos el himno de tu gloria, diciendo sin cesar:

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

El Señor resucitado llamó a María por su nombre y la reunió nuevamente en la familia de la fe. Confiando en que también nosotros somos hijos amados de Dios, oremos con plena confianza las palabras que nuestro Salvador nos enseñó.

EMBOLISMO

Líbranos de todos los males, Señor, y concédenos la paz en nuestros días, para que, en medio de las tristezas e incertidumbres de esta vida, nunca dejemos de reconocer la presencia de tu Hijo resucitado, que nos llama por nuestro nombre y nos conduce a la esperanza; y,

ayudados por tu misericordia, vivamos siempre libres de pecado y protegidos de toda perturbación, mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo.

Tuyo es el Reino, tuyo el poder y la gloria, por siempre, Señor.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, que te apareciste a María Magdalena en medio de su dolor y transformaste su tristeza en paz y alegría, no tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia, y concédele, según tu voluntad, la paz y la unidad.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios, el Señor resucitado que conoce a cada uno de nosotros por nuestro nombre y sale a nuestro encuentro en nuestra búsqueda. Dichosos los invitados a la cena del Cordero.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

María Magdalena llegó al sepulcro buscando un recuerdo, pero encontró a Cristo vivo. En esta Eucaristía, el Señor se ha acercado nuevamente a nosotros, no como una figura lejana del pasado, sino como Aquel que sigue llamándonos personal y amorosamente. Allí donde todavía permanezcan en nuestro interior el dolor, la confusión o el vacío, Cristo entra silenciosamente y pronuncia nuestro nombre. Después de haberlo encontrado aquí, somos enviados, como María Magdalena, a llevar la luz de la Resurrección a la vida de los demás.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Que la recepción de tus santos misterios, Señor, infunda en nosotros aquel amor perseverante con el que santa María Magdalena permaneció fielmente unida a Cristo y fue enviada a anunciar la alegría de su Resurrección. Que también nosotros reconozcamos su presencia viva en nuestras vidas y demos fiel testimonio de la esperanza que Él nos ofrece. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Dios de todo consuelo los fortalezca en toda tristeza y los ayude a reconocer la voz de Cristo que los llama por su nombre. Amén.

Que el Señor resucitado transforme su búsqueda en encuentro, sus temores en esperanza y su dolor en vida nueva. Amén.

Y que ustedes salgan, como santa María Magdalena, como alegres testigos de la Resurrección y mensajeros del amor de Dios. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y permanezca para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor con su vida y, como santa María Magdalena, proclamando que Cristo resucitado sigue llamando a su pueblo por su nombre.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

«Nunca somos solamente quienes buscan a Dios; incluso en nuestra oscuridad y nuestro dolor, el Señor resucitado ya nos está buscando, nos llama por nuestro nombre y nos envía al mundo con esperanza.»

23 de julio de 2026 – Jueves de la 16.^a Semana del Tiempo Ordinario

Jer 2,1-3. 7-8. 12-13; Mt 13,10-17

INTRODUCCIÓN

Un visitante se encontraba una vez en una gran galería de arte contemplando una pintura famosa. Mientras los demás pasaban rápidamente de un cuadro a otro, él permaneció frente a la misma obra durante casi una hora. Cuando un guardia le preguntó si entendía lo que estaba observando, respondió en voz baja: «Al principio solo veía colores y formas. Ahora comienzo a ver una historia». Lo que había cambiado no era la pintura, sino su atención.

Así sucede también con gran parte de nuestra vida. Escuchamos palabras sin oír profundamente, observamos acontecimientos sin reconocer su significado y atravesamos nuestros días sin detenernos lo suficiente para recibir lo que Dios quiere mostrarnos.

Hoy Jeremías habla de un pueblo que abandona la fuente de agua viva para cavar cisternas agrietadas que no pueden retener agua. Jesús también habla de corazones

que se han vuelto insensibles: oídos que oyen sin comprender y ojos que ven sin percibir. El problema no es que Dios haya dejado de hablar, sino que los corazones se han vuelto distraídos y superficiales.

Al reunirnos alrededor del Señor, que es el único que nos da el agua viva, reconozcamos los momentos en que nos hemos cerrado a su voz y no hemos sabido reconocer su presencia. Con corazones humildes, pidamos misericordia y perdón.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, Tú eres la fuente de agua viva, y sin embargo muchas veces buscamos satisfacción en cosas que nos dejan vacíos. Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, Tú pronuncias palabras de verdad y de vida, y sin embargo con frecuencia vivimos distraídos y tardamos en comprender tus caminos.

Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, Tú abres los ojos de los fieles para reconocerte en la Escritura, en la oración y en los momentos ordinarios de la vida. Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que el Dios que nunca deja de llamarnos de nuevo a la fuente de agua viva purifique nuestros corazones distraídos, abra nuestros oídos a su Palabra y acreciente en nosotros la gracia de reconocer su presencia en nuestra vida. Y que Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que revelas los misterios de tu Reino a los corazones que escuchan con fe y humildad, líbranos de las distracciones que nos vuelven sordos a tu voz y condúcenos nuevamente a la fuente de agua viva, para que, viendo con ojos más claros y escuchando con corazones receptivos, caminemos fielmente por el sendero de tu Hijo. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Un joven aprendiz trabajaba bajo la guía de un maestro carpintero que rara vez explicaba lo que hacía. Un día, el aprendiz se quejó: «Observo todo lo que haces, pero todavía no comprendo tu oficio». El maestro le respondió sencillamente: «Miras con tus ojos, pero todavía no con tus manos ni con tu paciencia». Solo con el paso del tiempo el aprendiz comprendió que el verdadero entendimiento no proviene únicamente de observar, sino también de involucrarse en el trabajo mismo.

Esto se parece mucho a lo que Jesús dice en el Evangelio. Muchos lo ven, pero no ven realmente; muchos lo oyen, pero no escuchan de verdad. Sus palabras y acciones no son enigmas que deban resolverse desde lejos, sino misterios en los que hay que entrar por medio de la fe. Como el aprendiz, los discípulos comienzan a comprender no porque todo se les haga evidente de inmediato, sino porque se han acercado lo suficiente para compartir su modo de vida.

Jeremías nos ofrece el trasfondo de esta dificultad para

percibir. El pueblo de Dios se ha apartado de Él, la «fuente de agua viva», y ha cavado para sí cisternas agrietadas incapaces de conservar la vida. Un corazón que busca seguridad en otra parte pierde poco a poco la capacidad de reconocer a Dios cuando Él habla. Esto es precisamente lo que Jesús señala cuando habla de corazones endurecidos, corazones que ya no están afinados para escuchar la voz de Dios.

Sin embargo, Jesús también proclama una bendición sobre sus discípulos: «Dichosos sus ojos porque ven y sus oídos porque oyen». Esto no es una capacidad natural, sino una gracia que crece mediante la relación con Él. Cuanto más caminamos con Cristo, más comenzamos a reconocerlo, no solo en la Escritura o en la oración, sino también en los momentos ordinarios de la vida, en las personas vulnerables y en las silenciosas exigencias del amor.

Quizás podamos reconocernos en algún punto intermedio entre estos dos grupos: a veces atentos y otras distraídos; a veces abiertos y otras resistentes. El camino de la fe

consiste precisamente en esta curación gradual de nuestra percepción, donde aquello que contemplamos se convierte en lo que verdaderamente comenzamos a ver, y aquello que escuchamos se transforma en lo que realmente llegamos a comprender.

Hay una invitación silenciosa en todo esto: volver una vez más a la fuente, beber nuevamente del agua viva y permitir que el Señor devuelva profundidad a aquellos lugares donde nuestra vida se ha vuelto superficial.

Un anciano jardinero tenía en su terreno un manantial que alimentaba todos sus cultivos. Con el tiempo, algunos vecinos dejaron de utilizar aquella agua abundante y comenzaron a depender de pequeños recipientes que apenas podían almacenar lo necesario. Durante una larga temporada de sequía, esos recipientes quedaron vacíos, mientras que el manantial continuaba fluyendo sin cesar. Entonces comprendieron que la verdadera seguridad no estaba en lo que ellos podían acumular, sino en la fuente que nunca dejaba de dar vida. Del mismo modo, cuando volvemos al Señor, descubrimos que Él siempre ha estado

allí, ofreciéndonos el agua viva que nuestro corazón necesita.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que estos dones que presentamos al Señor expresen nuestro deseo de volver a Él con corazones atentos, y para que este sacrificio profundice en nosotros la gracia de escuchar su voz y reconocer más claramente su presencia.

El Señor reciba de tus manos este sacrificio, para alabanza y gloria de su nombre, para nuestro bien y el de toda su santa Iglesia.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios nuestro,
recibe las ofrendas que te presentamos,
y ya que nos atraes nuevamente a la fuente de agua viva,
sana la ceguera de nuestros corazones
y haznos atentos a la Palabra salvadora de tu Hijo.
Por Cristo nuestro Señor.
Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo,
Dios todopoderoso y eterno.
Porque nunca abandonas a tu pueblo,
incluso cuando se aleja de Ti
y busca la vida en aquello que no puede saciarlo.
Una y otra vez lo llamas de regreso
a la fuente de agua viva,
hablándole por medio de los profetas
y manifestando tu misericordia por medio de tu Hijo.
En Cristo, tu Palabra eterna,
abres los ojos de quienes te buscan con fe
y despiertas los corazones que se han vuelto insensibles o
distráídos.
Por medio de Él aprendemos a reconocer tu presencia

no solo en signos y prodigios,
sino también en la silenciosa fidelidad de la vida cotidiana.
Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles,
con los Tronos y Dominaciones,
y con todos los coros celestiales,
cantamos sin cesar el himno de tu gloria, diciendo:
Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios del universo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su
divina enseñanza, nos atrevemos a decir:
El Padre Nuestro es la oración de los hijos que confían en
el Padre lo suficiente como para volver una y otra vez a Él,
bebiendo del agua viva que solo Él puede dar y
aprendiendo a escuchar con corazones abiertos.

EMBOLISMO

Líbranos de todos los males, Señor,
y líbranos también de las distracciones y los temores
que nos impiden escuchar claramente tu voz.

Concédenos la paz en nuestros días,
para que, ayudados por tu misericordia,
vivamos siempre libres de pecado
y protegidos de toda perturbación,
mientras esperamos la gloriosa venida
de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, Tú nos invitas a permanecer cerca de Ti
para que nuestros corazones aprendan a ver y a
comprender. No tengas en cuenta nuestros pecados ni
nuestras distracciones, sino la fe de tu Iglesia, y concédele
la paz y la unidad de acuerdo con tu voluntad.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios, este es quien nos conduce
nuevamente a la fuente de agua viva
y abre nuestros ojos para reconocer su presencia entre
nosotros. Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

El viajero del desierto finalmente bebió del pozo que podía
salvarlo. El agua siempre había estado allí; lo que cambió
fue su disposición para recibirla.

Así también en nuestra vida, el Señor continúa
ofreciéndose de manera silenciosa y fiel. En esta
Eucaristía, Cristo se ha acercado una vez más a nosotros.
Que no pasemos apresuradamente por este momento,
sino que permanezcamos el tiempo suficiente en su
presencia para que nuestra mirada se transforme en
comprensión y nuestra escucha en una respuesta fiel.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Alimentados con estos santos misterios,
te rogamos, Señor,
que por medio de esta Eucaristía
continúes sanando nuestros corazones,
abras nuestros oídos a tu Palabra
y nos conduzcas siempre de nuevo al agua viva
que es la única que concede la vida eterna.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor los bendiga con corazones atentos a su voz,
con ojos abiertos para reconocer su presencia
y con una sed más profunda del agua viva que es la única
que sacia.

Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes y permanezca para siempre.
Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor al escuchar
profundamente su Palabra y al reconocer su presencia en
los momentos ordinarios de la vida.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

La diferencia entre simplemente oír y comprender
verdaderamente muchas veces no está en lo que Dios
dice, sino en nuestra disposición para recibirlo. Vuelve a
beber del agua viva, y tus ojos comenzarán a ver de una
manera nueva.

**24 de julio de 2026 – Viernes de la 16.^a Semana del
Tiempo Ordinario**

Jer 3,14-17; Mt 13,18-23

INTRODUCCIÓN

Un joven músico se preparó cuidadosamente para una presentación importante. Practicó durante semanas, conocía muy bien la partitura e incluso había anotado recordatorios en sus hojas musicales. Pero la noche del concierto se dejó distraer por el ruido del público, la presión del momento y su propia ansiedad. A mitad de la interpretación perdió el compás y no pudo recuperar el ritmo de la obra que antes conocía tan bien.

Esto nos recuerda cuán fácilmente aquello que es importante puede quedar relegado cuando otras voces empiezan a sonar más fuerte dentro de nosotros. Lo que parece claro durante la preparación puede volverse confuso en la práctica cuando perdemos la concentración y nuestra atención se dispersa.

Hoy el profeta Jeremías nos habla del deseo de Dios de reunir a su pueblo disperso, de pastorearlo con amor y de

conducirlo nuevamente a un lugar de paz y fidelidad. Dios no abandona a su pueblo cuando se extravía; al contrario, lo llama de nuevo a una pertenencia más profunda y a una confianza renovada.

Al reunirnos para celebrar esta Eucaristía, reconocemos las muchas veces en que también nosotros nos distraemos, escuchamos superficialmente o nos resistimos a la Palabra de Dios. Volvámonos ahora hacia el Señor que nos llama nuevamente con misericordia y comencemos pidiendo perdón por las ocasiones en que no hemos permitido que su Palabra eche raíces en nuestra vida.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú siembras generosamente la semilla de tu Palabra en nuestros corazones, pero con frecuencia no escuchamos con comprensión: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú nos llamas a perseverar en la fe, pero permitimos que las dificultades y los temores debiliten nuestro compromiso: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú nos invitas a dar fruto duradero, pero las preocupaciones de la vida y el atractivo de la comodidad ahogan muchas veces tu gracia dentro de nosotros:

Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que el Dios que trabaja pacientemente la tierra de nuestros corazones perdone nuestra dureza, profundice en nosotros las raíces de la fe y nos fortalezca para dar los frutos del amor y de la fidelidad; y que Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que nunca dejas de sembrar la semilla de tu Palabra en el corazón de tu pueblo.

Rompe todo aquello que esté endurecido dentro de nosotros, profundiza nuestra fe cuando sea superficial y líbranos de todo lo que impide el crecimiento de tu gracia, para que nuestra vida produzca frutos de amor, perseverancia y fidelidad.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Un agricultor salió al amanecer para sembrar su semilla. No escogió exactamente dónde caería cada grano; simplemente la esparció con generosidad por todo el campo, confiando en que al menos una parte encontraría tierra buena. Mientras trabajaba, sabía que el resultado dependería no solo de la calidad de la semilla, sino también de la condición del terreno que la recibiera.

Jesús utiliza precisamente esta imagen para hablar de la Palabra de Dios. La semilla es siempre buena, siempre portadora de vida. La cuestión no es su poder, sino nuestra disposición para recibirla. Y aquí se encuentra la tensión del discipulado: la misma palabra puede transformar una vida o perderse sin dejar huella.

El primer obstáculo que Jesús menciona es la falta de comprensión. Sin cierta apertura a quién es Jesús, la palabra permanece en la superficie. El segundo es la

superficialidad: cuando la palabra es escuchada pero no se le permite penetrar profundamente, no puede resistir cuando llegan las pruebas. El tercero es el más sutil: las preocupaciones de la vida y la seducción de las riquezas, que poco a poco ahogan aquello que parecía tan prometedor.

Por eso la vida espiritual nunca es automática. Requiere atención, paciencia y la disposición de permitir que la Palabra de Dios llegue más hondo que nuestra comodidad o conveniencia. Los mandamientos que escuchamos en la tradición cristiana —el amor a Dios y el amor al prójimo— no son normas lejanas, sino la forma concreta de una vida en la que la semilla ha echado verdaderamente raíces. La visión de Jeremías, en la que Dios reúne y pastorea a su pueblo, nos recuerda que el Señor trabaja constantemente para conducirnos de nuevo a esa profundidad de vida.

El hilo conductor que atraviesa la Palabra de hoy es sencillo, pero exigente: permitir que la Palabra eche raíces, crezca profundamente y produzca fruto. Ese es el camino que va de escuchar a acoger, y de acoger a vivir.

Podemos resistirnos a ese proceso, pero nunca somos abandonados en él. Dios sigue trabajando en el campo de nuestra vida, incluso cuando el terreno es desigual o está cansado, sembrando con paciencia una y otra vez.

Se cuenta la historia de un escultor que pasó años trabajando una gran pieza de mármol. Quienes observaban su trabajo apenas notaban cambios y se preguntaban si realmente estaba avanzando. Sin embargo, golpe tras golpe, día tras día, el artista iba dando forma a una obra magnífica. Cuando finalmente fue revelada, todos quedaron admirados por su belleza. Lo que parecía lento e imperceptible había sido en realidad una labor constante y profunda.

Así también sucede con Dios en nosotros. Lo que parece lento, oculto o insignificante suele ser precisamente el lugar donde el Señor está realizando su obra más profunda.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que, así como Dios continúa pacientemente su obra en el campo de nuestra vida, estos dones que ofrecemos se conviertan en signo de corazones abiertos a su Palabra y fecundos en su servicio, y para que mi sacrificio y el de ustedes sean agradables a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Recibe, Señor, las ofrendas de tu pueblo reunido, y así como alimentas el crecimiento oculto de tu gracia en nosotros, haznos firmes en la fe y ricos en los frutos de la caridad. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación,
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.
Porque nunca dejas de llamar a tu pueblo para que vuelva a ti.

Cuando los corazones se distraen y la fe se vuelve superficial,
sigues sembrando la semilla de tu Palabra con paciencia y misericordia.

Por medio de los profetas reuniste a los dispersos;
por medio de tu Hijo revelaste el camino del discipulado fiel;

y por medio del Espíritu Santo sigues cultivando en nosotros

los frutos de la perseverancia, la justicia y el amor.

Incluso cuando el crecimiento permanece oculto a nuestros ojos,

tú actúas en lo profundo de cada corazón humano, haciendo surgir una vida nueva en quienes confían en ti.

Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles,

con los Tronos y Dominaciones,

y con todos los coros celestiales,

cantamos el himno de tu gloria, diciendo sin cesar:

Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios del universo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Dios nos reúne con paciencia, nos forma y alimenta el crecimiento oculto de su gracia en nosotros. Con el corazón abierto a su Palabra y confiando en su amor de Padre, oremos con las palabras que el mismo Jesús nos enseñó:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males,
especialmente de las distracciones, los temores y las inquietudes que impiden que tu Palabra eche raíces profundas en nosotros.

Concédenos la paz en nuestros días, para que, ayudados por tu misericordia, vivamos siempre libres de pecado y protegidos de toda perturbación,
mientras esperamos la gloriosa venida
de nuestro Salvador Jesucristo.

Tuyo es el reino, tuyo el poder y la gloria por siempre,
Señor.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, tú reúnes a tu pueblo disperso
y lo conduces pacientemente a la paz de tu Reino.

No tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia, y conforme a tu voluntad concédele la paz y la unidad. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.
Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Éste es el Cordero de Dios, que continúa sembrando en nosotros la semilla de la vida divina
y nos llama a dar frutos que permanezcan.

Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

La obra de Dios en nosotros suele ser silenciosa y escondida. Como las raíces que crecen profundamente bajo la superficie, la gracia nos está transformando incluso cuando todavía no podemos ver los resultados. El Señor no nos pide una perfección instantánea, sino apertura, perseverancia y confianza. Hoy la semilla ha sido

sembrada nuevamente. Que le permitamos permanecer, profundizar y dar fruto en la tierra sencilla de nuestra vida cotidiana.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Después de haber recibido estos santos misterios, Señor, te pedimos que la palabra sembrada en nosotros por esta Eucaristía crezca con fuerza mediante la perseverancia y una vida fiel, para que podamos dar frutos duraderos para tu Reino. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor continúe cultivando la tierra de sus corazones, los fortalezca en los momentos de prueba, los libere de todo aquello que ahoga la vida de la gracia y haga que sus vidas sean fecundas en la fe, la esperanza y la caridad.

Y la bendición de Dios todopoderoso,

Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo,

descienda sobre ustedes y permanezca para siempre.

Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor con una vida profundamente arraigada en su Palabra.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

«La fecundidad de la vida cristiana no depende de cuántas veces escuchamos la Palabra de Dios, sino de cuán profundamente le permitimos echar raíces dentro de nosotros.»

**25 de julio de 2026 – Sábado de la 16.ª Semana del
Tiempo Ordinario - Santiago, Apóstol**

2 Cor 4, 7-15; Mt 20, 20-28

INTRODUCCIÓN

Hilo conductor: La verdadera grandeza se encuentra en el servicio que se entrega y se vacía de sí mismo.

Un joven voluntario se unió una vez a un comedor comunitario que servía comidas a personas sin hogar cada tarde. El primer día llegó lleno de entusiasmo y con el deseo de impresionar a los demás. Trabajaba con empeño cuando otros lo observaban, hablaba frecuentemente de sus capacidades y esperaba que los organizadores se fijaran en él. Pero había una anciana en la cocina que, en silencio, lavaba los platos, limpiaba las mesas y permanecía allí después de que todos se hubieran marchado. Pocas personas siquiera conocían su nombre. Después de varias semanas, surgió una crisis cuando muchos voluntarios no se presentaron. La confusión se extendió por toda la cocina. Fue entonces cuando todos se dieron cuenta de que la presencia serena que mantenía

unido aquel lugar había sido siempre aquella mujer silenciosa. Conocía a cada persona por su nombre, cada tarea que necesitaba atención y a cada huésped necesitado que requería una palabra de ánimo. Sin buscar reconocimiento, se había convertido en el corazón de aquella comunidad.

En el Evangelio de hoy, Santiago y Juan buscan puestos de honor junto a Jesús. Sin embargo, Cristo revela que la grandeza en su Reino no se encuentra en el prestigio ni en el reconocimiento, sino en el servicio humilde y en el amor que se entrega. San Pablo hace eco de esta verdad cuando nos recuerda que llevamos el tesoro de Dios en frágiles vasijas de barro.

Mientras nos reunimos alrededor del altar del Señor, reconozcamos las veces en que hemos buscado más el reconocimiento que el servicio, más los privilegios que el sacrificio y más el poder que la humildad. Pidamos ahora al Señor su misericordia y su sanación mientras comenzamos nuestro acto penitencial.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú no viniste para ser servido, sino para servir y dar tu vida por muchos: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú nos enseñas que la verdadera grandeza se encuentra en el servicio humilde de unos a otros:

Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú fortaleces las frágiles vasijas de barro con el tesoro de tu gracia y de tu amor: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que el Dios que nos llama a seguir a Cristo en la humildad y en el servicio perdone nuestras ambiciones egoístas, sane nuestro orgullo y nos convierta en servidores generosos unos de otros.

Y que Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.
Amén.

INVITACIÓN AL GLORIA

Glorifiquemos ahora a Dios, que nos llama a seguir a Cristo por el camino de la humildad, del servicio y del amor generoso, y unamos nuestras voces cantando:

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que llamaste a Santiago Apóstol
a dejar atrás la ambición mundana
y a seguir a tu Hijo
por el camino del amor sacrificado,
concédenos que nosotros,
llevando el tesoro de tu gracia en vidas frágiles,
aprendamos a buscar la verdadera grandeza
mediante el servicio humilde a nuestros hermanos y
hermanas.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo
y es Dios por los siglos de los siglos.
Amén.

HOMILÍA

La historia comienza con una petición sorprendente. Dos hermanos, Santiago y Juan, se acercan a Jesús por medio de su madre con una solicitud audaz: «Concede que uno de estos dos hijos míos se siente a tu derecha y el otro a tu izquierda en tu Reino». Es un momento lleno de ambición, expectativa e incompreensión. Han caminado con Jesús, han sido testigos de sus milagros e incluso han estado con él en el monte de la Transfiguración; sin embargo, todavía imaginan el Reino en términos de rango y honor.

Jesús responde no con rechazo, sino con una revelación: «¿Pueden beber el cáliz que yo voy a beber?». En otras palabras, ¿están dispuestos a entrar en la profundidad de mi amor que se entrega totalmente y que pasará por el sufrimiento y la cruz? Ellos responden rápidamente: «Sí, podemos», sin comprender plenamente lo que están diciendo. Jesús les hace ver con delicadeza que el camino de la gloria no consiste en estar por encima de los demás, sino en entregarse por los demás.

Cuando los otros discípulos se indignan, Jesús los reúne y transforma completamente su comprensión de la grandeza. Entre los gobernantes de este mundo, la autoridad suele ejercerse mediante el dominio; pero en su Reino no debe ser así. «El que quiera ser grande entre ustedes, que sea su servidor». En esta sola frase, Jesús redefine el liderazgo como servicio y el honor como entrega de sí mismo.

San Pablo, en la primera lectura, ofrece una expresión concreta de esta enseñanza. «Llevamos este tesoro en vasijas de barro», dice. La vida de Cristo se manifiesta precisamente en la fragilidad humana. Incluso el sufrimiento y la debilidad se convierten en lugares donde el poder de Dios se hace visible. Cuando el propio yo se derrama por amor, Cristo se revela.

El mismo Santiago aprendió este camino. Aunque al principio buscó privilegios, finalmente bebería el cáliz del martirio. Según la tradición, su testimonio no terminó en Jerusalén, sino que llegó hasta tierras lejanas, donde todavía hoy los peregrinos viajan a Santiago de

Compostela siguiendo las huellas de un hombre que descubrió que la verdadera grandeza no consiste en ser servido, sino en servir.

Y así, la pregunta de Jesús permanece silenciosamente delante de nosotros: «¿Pueden beber el cáliz que yo voy a beber?»

Se cuenta la historia de una enfermera que trabajaba en un hospital durante muchos años. Cuando comenzó, soñaba con ascensos, reconocimientos y premios. Sin embargo, con el paso del tiempo, descubrió que los momentos más importantes no eran los certificados colgados en la pared, sino las manos que sostenía en silencio, las lágrimas que secaba y las palabras de esperanza que ofrecía a quienes sufrían. Al jubilarse, dijo: «Pensaba que mi trabajo consistía en curar personas; ahora sé que también consistía en amarlas». Sin darse cuenta, había aprendido la lección que Jesús enseñó a sus discípulos: la verdadera grandeza nace del servicio humilde y del amor entregado.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que, al colocar estos dones sobre el altar, ofrezcamos también a Dios nuestro orgullo, nuestras ambiciones y nuestros deseos egoístas, de modo que Cristo nos enseñe la alegría del servicio humilde y amoroso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Purifícanos, Señor, por la fuerza salvadora de este sacrificio, y, por la intercesión de Santiago, haznos servidores según el corazón de Cristo, dispuestos a derramar nuestra vida por los demás con amor y fidelidad. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación, darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno. Porque nos has mostrado en tu Hijo que la verdadera grandeza no se encuentra en el poder terrenal, sino en el servicio humilde y en el amor que se vacía de sí

mismo. Cuando los discípulos buscaban lugares de honor,
Cristo reveló la gloria más profunda del Reino:

servir en lugar de ser servido

y entregar la propia vida por amor a los demás.

En Santiago diste a la Iglesia

un testigo que aprendió a beber el cáliz de Cristo

y a seguir fielmente el camino del sacrificio.

A través de la debilidad humana se manifestó tu poder
divino, porque colocas el tesoro celestial dentro de frágiles
vasijas de barro.

Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles,

con los Tronos y las Dominaciones,

y con todos los coros y potestades del cielo,

cantamos el himno de tu gloria,

diciendo sin cesar: Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Jesús enseñó a sus discípulos que la verdadera grandeza
no se encuentra en dominar a los demás, sino en servirlos
con el corazón de hijos de Dios. Confiando en el Padre

que nos reúne como una sola familia en el servicio
humilde, nos atrevemos a decir:

EMBOLISMO

Líbranos de todos los males, Señor,

y especialmente del orgullo que busca el honor por encima
del servicio. Concédenos la paz en nuestros días,

para que, ayudados por tu misericordia,

vivamos siempre libres de pecado

y protegidos de toda perturbación,

mientras esperamos la gloriosa venida

de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, tú enseñaste a tus discípulos

que la verdadera grandeza se encuentra en el servicio
humilde y en el amor derramado por los demás.

Líbranos de la rivalidad, de la ambición egoísta y de la
división, y conviértenos en instrumentos de tu paz

y de tu compasión.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios, que se entregó completamente por la vida del mundo. Dichosos los que aprenden de él el camino del servicio humilde y del amor que se entrega.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Jesús, nos has alimentado con el Pan de Vida, y, sin embargo, continúas preguntándonos:

«¿Pueden beber el cáliz que yo bebo?»

Enséñanos a no buscar reconocimiento ni privilegios, sino a caminar pacientemente junto a los demás, a llevar los unos las cargas de los otros y a descubrir que la verdadera grandeza se esconde en los actos silenciosos de amor.

Como Santiago, que aprendamos lentamente, pero con fidelidad, que el camino hacia la gloria pasa por el servicio, la humildad y la entrega de sí mismo.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Después de recibir este Sacramento celestial, Señor, te rogamos humildemente que, por el ejemplo y la intercesión de Santiago, permanezcamos como fieles servidores de Cristo y generosos testigos del Evangelio en la vida cotidiana. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor Jesús, que vino no para ser servido sino para servir, les enseñe la alegría del amor humilde y generoso. Amén.

Que Santiago Apóstol los fortalezca para seguir fielmente a Cristo, incluso cuando el camino pase por el sacrificio y la entrega de sí mismos. Amén.

Y que la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y permanezca para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor con una vida de servicio humilde y de amor compasivo.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

La verdadera grandeza no se mide por el lugar que ocupamos, sino por el amor con que servimos a los demás.